

La palabra confiscada: el *talk show*, un género televisivo

Ma. Eugenia Gómez de Mas

DICE JULIO CORTÁZAR que conoce a un gran ablandador, "un sujeto que todo lo que ve lo ve blando, lo ablanda con sólo verlo, ni siquiera con mirarlo porque él más bien ve que mira".¹ ¿Qué hacemos cuando vemos la televisión, vemos o miramos? (Cortázar dice que el que mira ve dos veces...) ¿Vemos lo que nos muestra la televisión o miramos para ver bien qué otra cosa hace?

La televisión, además de su función informativa, de difusión y divertimento, se ha atribuido un nuevo papel en el mundo mediático: dar la palabra al público constituyéndose en mediador, a fin de que el ciudadano común y corriente pueda solucionar problemas que las instituciones sociales no pueden resolver. Eso es lo que muestra al espectador.

Ahora bien, da la palabra, pero a cierto público, con relación a ciertos

temas, para ciertos fines, dentro de un espectáculo organizado donde todo está previsto. Eso es lo que el espectador no ve. Más que dar la palabra, la promete a cambio de la libertad del espectador, por intermediación de su credulidad.

Considerando que "la telecracia constituye un mito de la democracia directa", P. Charaudeau y R. Ghiglione, autores de *La palabra confiscada*,² se proponen denunciar "el mito de la palabra en libertad", que la televisión favorece con programas del tipo *talk show*. En México, dicho género podría ser ejemplificado —aunque con ciertas reservas— con el programa de televisión *Cristina*, emisión norteamericana dirigida a hispanohablantes.

El *talk show* está constituido por varios géneros,³ entre ellos el debate. Sin embargo, no tiene un corte polí-

¹ *La vuelta al día en ochenta mundos*, p. 37.

² Charaudeau, Patrick; Ghiglione, Rodolphe (1997), *La parole confisquée. Un genre télévisuel: le talk show*, París, Dunod.

³ Véase "Le genre télévisuel", revista *Réseaux*, n. 18, CNET, 1997.

tico puesto que se tratan temas sociales que en ocasiones sobrepasan el drama individual para convertirse en preocupaciones colectivas. Otra característica que lo define es que en el programa no hay expertos, sino individuos que relatan su experiencia propia, testigos, defensores y oponentes del tema en cuestión. El programa *está* organizado para hacer surgir el conflicto, el antagonismo y la solidaridad. Las confesiones oponen a víctimas y verdugos, la tensión emocional lleva muy a menudo a las lágrimas, y también al humor y las risas.

En el debate, por el contrario, se trata de llegar a la *verdad* mediante la confrontación de saberes diferentes sobre el tema. Se hace *una puesta en escena* de la palabra, mientras que en el *talk show* se trata de que surja *el conflicto y/o el drama humano* a través de un tema-pretexto, a través del enfrentamiento de juicios o de opiniones. Corresponde a una *puesta en espectáculo* de la palabra (Cf. p. 81).

¿Por qué se supone que este tipo de programa interesa al público? Porque el espacio público es considerado opuesto al espacio privado —aunque éste haya empezado ya a invadir el terreno de lo público.

Se enfrentan las instituciones y las leyes a lo civil; la democracia representativa a la democracia directa, a la cual se pretende acceder a través del programa. O mejor, la televisión crea la ilusión de esa democracia directa. Se construye otro espacio —dicen

Charaudeau y Ghiglione— no sólo aquél en el que estoy yo y mi representante social y político, sino uno más formado por la ventanita de la pantalla y yo mismo. Se instituye una co-enunciación donde se mezcla la identidad de Todo Mundo y la mía. El *talk show* lleva a un cambio —*imaginario*— de la posición social del ciudadano en que, además, la argumentación está bloqueada. La palabra que la televisión me otorga, en realidad me es confiscada. Se trata de un espectáculo de la polémica, de un simulacro de democracia.

Los autores proponen un modelo de análisis de la estructura organizativa del *talk show* dentro de un marco comparativo: estudio de tres programas, uno francés, uno catalán y uno más, italiano. Las categorías, hipótesis y herramientas de análisis se basan en la teoría de la enunciación, la etnometodología y el análisis del discurso.

La instrumentación tiene que ver con los campos de lo visual y lo verbal y una situación de interlocución mediatizada. En esta última se definen:

- las macroestructuras y la secuencialización de los tres programas estudiados
- la mecánica interlocutoria y la toma de palabra (capital verbal, modos)
- los comportamientos enunciativos y los roles discursivos
- el posicionamiento temático y la conducta en los intercambios

Asimismo, se toma en cuenta la especificidad del medio:

- procedimientos de visibilidad
- ejes de la visión
- procedimientos de secuencialización

Los resultados del análisis de los tres programas se establecen en contraste —interno y externo— y en correlaciones en cuanto a la mecánica interlocutoria, los comportamientos (espacio polémico) y la conducta de los intercambios (espacio argumentativo).

Una primera interpretación (hipótesis) se refiere al espacio de interlocución, al espacio de relación y al espacio de tematización. Para terminar se propone una interpretación de las significaciones sociales en contraste,

donde hay tres imaginarios del lugar simbólico de las palabras: el *talkshow* a la francesa, a la catalana y a la italiana, y tres imaginarios de la democracia directa.

En las conclusiones de su trabajo, Charaudeau y Ghilione se preguntan (p. 173):

¿Qué es finalmente el *talk show* un ángel o un demonio?

Es un demonio cuando hace trampa, cuando presenta el simulacro como realidad. Sería un ángel si, por una parte, en ese juego de engañados a medias, se produjera —a pesar de todo— una nueva liberación de la palabra y por ello una nueva crítica social, y por otra parte, un nuevo lazo que uniera poder y discurso en un espacio bidireccional.